

LA INCLUSIÓN DE GÉNERO COMO PROCESO SISTEMÁTICO EN LAS ARTES ESCÉNICAS¹

Por Aitana Conchola Ochoa y Milagros Desireé Ignacio Díaz²

Históricamente, la sociedad ha estado estructurada bajo un sistema heteronormativo que ha limitado, vulnerado e invisibilizado la diversidad identitaria y sexual. Estos aspectos no solo se manifiestan socialmente, sino también en los espacios culturales y artísticos, incluyendo las artes escénicas, que han funcionado tanto como reproductoras de normas hegemónicas como posibles espacios de resistencia. A partir de la década de los 90, surge en Estados Unidos una novedosa visión dentro de los estudios de género: la teoría queer. Este enfoque cuestiona las categorías fijas de identidad y propone una comprensión más fluida del género y la sexualidad. Gros (2016) señala que el enfoque queer “lejos de presentarse como un movimiento de ‘homosexuales’ o de ‘mujeres’, el queer quiere mostrarse como un movimiento político de ‘disidentes de género’” (p. 3).

A pesar de esto, aunque se espera que las artes escénicas sean espacios inclusivos, no siempre lo son, pues con frecuencia se muestra cierta diversidad, pero de manera desigual: se privilegian ciertas identidades, como la de los hombres cisgénero homosexuales, mientras que otras, como las personas trans o las mujeres lesbianas, son subrepresentadas o invisibilizadas en menor medida. De ese modo, más allá de la visibilidad de géneros o identidades, surge una interrogante fundamental: ¿la inclusión de género responde a un proceso verdaderamente sistemático o se trata de esfuerzos fragmentados y, en ocasiones, hasta superficiales? El presente ensayo plantea una reflexión sobre la representación de la diversidad de género y las orientaciones sexuales en las artes escénicas, así como un cuestionamiento en torno al carácter sistemático de la inclusión en nuestra sociedad, considerando tanto sus alcances como sus limitaciones. Además, propone repensar si las políticas de inclusión logran transformar las estructuras que desde hace tiempo han perpetuado la desigualdad o si únicamente generan cambios poco profundos dentro de estas comunidades.

Para comenzar, tenemos en cuenta que las artes escénicas conforman uno de los espacios culturales donde las normas que se construyen socialmente se representan y cuestionan de forma más evidente. Herramientas como el cuerpo, la voz o la interpretación son formas simbólicas de expresión y defensa mediante las cuales se generan discursos

sobre la identidad, el género o la sexualidad. Gracias a esto, consideramos necesario preguntarnos si la inclusión de género dentro de estos espacios responde realmente a una transformación estructural genuina, teniendo en cuenta que las artes escénicas se han visto afectadas por relaciones de poder que determinan qué cuerpos, identidades y expresiones pueden ocupar un escenario y cuáles permanecen excluidos.

Muchas veces la inclusión no es sistemática, sino condicionada por intereses de imagen y estética institucional. En la actualidad, varias empresas, instituciones culturales y espacios artísticos siguen y “crean” discursos inclusivos gracias a la presión social que constantemente exige una mayor representación de diversas identidades, pero esto no siempre indica que se esté logrando el cambio que se busca dentro de sus estructuras. La inclusión suele funcionar como un recurso visual que favorece la percepción pública que se tiene de una institución y la beneficia rápidamente, pues permite proyectarse con una imagen moderna y progresista. El problema es que, bajo esta lógica, solo ciertas identidades son aceptadas cuando parecen convenientes para la construcción comercial de una marca o proyecto artístico.

Así, la diversidad en general corre el riesgo de convertirse en una estrategia de marketing, donde lo importante no es aquello por lo que se ha luchado durante tanto tiempo —garantizar espacios verdaderamente seguros e igualitarios—, sino aparentar inclusión frente a un público en particular. Esta problemática conecta con los planteamientos de Judith Butler

(2007), quien entiende el género como una construcción performativa mediante normas sociales repetidas constantemente. De manera similar, Marta Lamas (2004) señala que el género es una construcción cultural dependiente de jerarquías sociales. Esto nos permite entender que la inclusión tampoco significa limitarse a mostrar a personas LGBTQ+ dentro de espacios artísticos, pues para que exista un cambio real también es necesario reformar las dinámicas e ideas que durante mucho tiempo han provocado exclusión. Después de todo, el arte no solo representa identidades, también busca participar activamente en la visibilización de esas experiencias y expresiones que la sociedad históricamente ha rechazado.

Ahora bien, aunque actualmente encontramos una mayor presencia de personajes y artistas pertenecientes a la comunidad LGBTQ+, dicha representación no sucede de forma equitativa. Un ejemplo de esto puede ob-

“La diversidad en general corre el riesgo de convertirse en una **estrategia de marketing.**”

¹Artículo elaborado para la UA Igualdad de género, diversidad sexual e inclusión, impartida por la maestra Mayra Daniela Leal Meléndez.

²Estudiantes de segundo semestre de la Licenciatura en Danza Contemporánea.



servarse en obras de teatro o producciones audiovisuales donde la representación homosexual masculina tiene una mayor visibilidad y aceptación que otras identidades, pues es la que resulta “más cómoda” para el público y para la imagen que se quiera proyectar. Mientras algunos personajes gays son incorporados en narrativas como algo normalizado, las personas trans, no binarias o las mujeres lesbianas siguen mostrándose mediante estereotipos.

Asimismo, como menciona Bourdieu (1998), la violencia simbólica es un concepto que sirve para explicar cómo ciertas formas de dominación se normalizan hasta parecer naturales. También se encuentra presente dentro de disciplinas artísticas, comenzando por los cuerpos, en donde algunos son considerados “adecuados” solo si se cumplen con requisitos estrictos, como ocurre en el ballet tradicional. Durante décadas, se les ha exigido a las mujeres representar delicadeza, delgadez y fragilidad, mientras que los hombres deben proyectar fuerza y virilidad. Esto, además de limitar la expresión individual, también dificulta la participación de personas que no encajan dentro de dichos parámetros físicos.

A pesar de todo esto, el teatro, la danza, el performance y otras expresiones artísticas también se han convertido en espacios e instrumentos de resistencia. Muchos colectivos y artistas han sabido cómo utilizar el escenario como una forma de denunciar las desigualdades, pero, sobre todo, de visibilizar todo aquello que fue ignorado o excluido. Desde las perspectivas feministas y queer, el performance especialmente ha servido para cuestionar las normas tradicionales relacionadas con el cuerpo y la sexualidad, rompiendo con ideas binarias que la sociedad se ha encargado de imponer. Un caso de ello puede verse en personas trans y no binarias que utilizan sus vivencias personales dentro de sus puestas en escena para mostrar la discriminación y violencia que viven cotidianamente.

Este tipo de propuestas no solo logran la representación de diversas identidades; también generan un impacto real al hacer que el público reflexione y cuestione las ideas que socialmente se han visto como normales. Así, estos espacios dejan de ser únicamente una forma de entretenimiento y se convierten en elementos clave capaces de generar conciencia. Hablar de diversidad e igualdad dentro de las artes escénicas implica reconocer que van a seguir existiendo límites invisibles sobre quién puede ser visto, escuchado o validado públicamente, tanto dentro del arte como en general. Muchas veces, aquello que se muestra como una postura de mente abierta termina respondiendo más a la urgencia de mantener una imagen socialmente aceptable que a un interés sincero por modificar todo lo que sigue generando inequidad.

Aun sabiendo esto, el escenario continúa siendo uno de los pocos lugares capaces de confrontar esas normas de manera directa, pues se vuelve un espacio seguro para muchos artistas que solo así sienten que pueden reclamar su verdad. Cuando el cuerpo y las experiencias personales se convierten en una forma de expresión, en una voz propia, se abren todas las posibilidades para cuestionar muchas de las ideas que durante años se han normalizado. Tal vez el verdadero cambio no se encuentra únicamente en hacer visible la diferencia, sino en dejar de verla como algo que necesita ser aprobado para poder existir y resistir.

“Tal vez el
verdadero
cambio no se
encuentra
únicamente en
hacer visible
la diferencia.”

Referencias

- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Gros, A. E. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: Una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 16(30), 245–260. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1657-89532016000100018
- Lamas, M. (2004). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco Revista de Ciencias Antropológicas*, 7(18), 95–118. <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/view/360/0>